

LA MIRADA EN EL TIEMPO

Carlos Gollonet

“But above all, Nixon photographs transmit affection and peace. Without this testimony we are lost.”

Robert Adams

Hace dos años, durante la inauguración de la muestra dedicada a Judith Joy Ross en el Philadelphia Museum of Art en junio de 2023, Nicholas Nixon me contó que la fotografía que había tomado el verano anterior sería la última de la serie de Las hermanas Brown. Me quedé noqueado. En la Fundación esperábamos cada año con impaciencia el nuevo retrato de las hermanas, que automáticamente se incorporaba a la serie (que adquirimos en 2007) y que inevitablemente nos seguía sorprendiendo por su fuerza, pese a que en realidad no dejaba de ser casi la misma fotografía que la del año anterior. Esta fascinante historia llegaba a su fin.

En efecto, Nixon y sus protagonistas, desafiando nuestras expectativas, han decidido este inesperado final para su aventura. Ahora toca imaginarse cómo seguirán esas vidas que a lo largo de todos estos años se nos han ido haciendo tan cercanas: qué hubiera pasado de continuar un año más con la serie, o dos o cinco. Todos vislumbrábamos un final demasiado cruel, que escapaba a sus decisiones, escrito por el destino. Pero han sido ellos quienes han acabado escribiendo el último capítulo, y ahora solo nos queda, como en las mejores novelas, volver a leer una y otra vez cada episodio de esas vidas compartidas con nosotros y dejarnos llevar por todo lo que nos ofrecen: los pequeños detalles que cambian de un año a otro, los giros de guion que adivinamos implícitos en cada imagen, la evolución de cada una de las hermanas... La serie nos

proporciona una riqueza tan inagotable para profundizar en la condición humana, resulta tan fascinante, que la manera en que concluya parece no tener importancia. Pero sí la tiene. Y al contemplar ahora la última fotografía, no podemos evitar, como si hubiéramos llegado a la página final de esa novela inolvidable en la que el escritor consiguió que viviéramos dentro por un tiempo, sentir el desconcierto y una sensación de perpleja orfandad.

En una entrevista reciente, Nixon comentaba lo que le impactó la obra de uno de los primeros fotógrafos que descubrió, Henri Cartier-Bresson: al contemplar aquellas imágenes sintió que era posible hacerlo, que “podía ser jugador en lugar de espectador. Podía descubrir cosas por mí mismo. Podía crear objetos de los que estar orgulloso” (Gollonet 2017a, p. 21). Cinco décadas después, sin duda Nixon puede estar orgulloso de haber creado y compartido con nosotros una de las obras sobre el retrato y el paso del tiempo más convincentes y conmovedoras de la historia del arte.

Antes de ese primer encuentro con la fotografía, los intereses del joven Nixon se habían decantado por la literatura en lengua inglesa, que estudió en la Universidad de Michigan. Todo ese magma, compuesto por William Faulkner, Charles Dickens, Ernest Hemingway o W. B. Yeats entre otros, le proporcionó una base que iría aflorando lentamente en su trabajo, más incluso que la influencia de las creaciones de otros fotógrafos que admiró posteriormente, menos reconocible en una obra tan original como la suya, al margen de modas o tendencias.

Su manera de trabajar en series, que a veces se extienden durante años, aporta una narratividad muy literaria a su producción, en la que destaca *Las hermanas Brown*, que por su extensión y potencia no es solo su serie más conocida, sino la que más invita al lector a penetrar en el mundo hermético que crea, a reconocerse en él, e incluso a imaginarle un final. La serie se inicia en 1975 y se cierra en 2022, por lo que se ha desarrollado en paralelo a una prolífica e intensa obra, que tiene en el retrato su principal interés. De manera que el análisis de esas otras series, o, a la inversa, de

la de Las hermanas Brown para abarcar el resto, nos permite comprender mejor la evolución formal de Nixon y sus intereses personales.

Desde sus inicios, cuando en los años setenta empieza a tomar vistas de Nueva York y Boston, a las que volvería unas décadas después, Nixon opta por la cámara de gran formato de 8 x 10 pulgadas, con la que realiza prácticamente todas sus fotografías y cuyo tamaño de negativo no hace necesaria la ampliación. Con este tipo de cámara consigue esa extrema nitidez tan característica de sus imágenes, esa continuidad tonal tan sutil, casi irreal de puro precisa: la gradación de matices dota a las formas de un extraordinario volumen, de una profundidad que expande el espacio en torno a ellas invitando a la mirada a demorarse en el detalle, tan exacto que, paradójicamente, abre las puertas a lo intangible, genera intervalos por los que se cuele el tiempo, transfigura, a decir de Laura Terré, la realidad “objetiva” en material poético. Como ha señalado la propia autora, “nos encontramos, por lo tanto, ante una obra que se fundamenta en la observación pura, sutil y compleja de la vida, de los fenómenos insertos en el tiempo, y cuya mayor preocupación estriba en lograr su transferencia nítida a la imagen” (Terré 2020, p. 9).

A finales de esa década de 1970 inicia su segunda serie, con imágenes de familias que habitan en torno al río Charles, en las proximidades de Boston. Es a partir de entonces cuando el retrato, o, mejor dicho, las personas pasan a ser su principal objetivo, en este caso fotografiadas preferentemente en los porches de sus casas, en los barrios pobres del sur de los Estados Unidos. La serie nos sorprende por la habilidad que demuestra Nixon en el uso de la pesada cámara de gran formato, que maneja con increíble soltura, como si se tratara de una liviana cámara de fotografía instantánea, hecho que se traduce en la naturalidad que revelan sus tomas. Dos elementos destacarán a partir de ahora en su producción: la importancia de la luz natural en la construcción de las imágenes y el interés por recrearse en las personas, en sus gestos, en el contacto entre ellas, en los cuerpos, en las miradas.

Hacia 1983 empieza a fotografiar a los ancianos alojados en las residencias donde trabajaba como voluntario. Ahora existe una relación nueva entre

el fotógrafo y los retratados: se conocen personalmente. Esa experiencia directa y el interés por las personas al final de sus vidas no dejarán de estar presentes en su obra desde entonces. También hay un cambio notable en la manera de abordar el tema: la tendencia hacia los primeros planos, que muestran las huellas de toda una vida que se escapa.

Ese interés por la perturbadora presencia de la vida con fecha de término se hace aún más patente en su siguiente proyecto, *People with AIDS*, realizado a finales de los ochenta. Su compromiso social le lleva a fotografiar a enfermos de sida desde que contacta con ellos hasta el instante de su fallecimiento. Durante el proceso, los va conociendo, los entrevista junto con su mujer, y los continúa fotografiando hasta el último momento. Evidentemente, ya está claro que sus intereses humanos y morales se anteponen a cualquier otro, por encima de las modas y las leyes del mercado. Pocos intelectuales pusieron su inteligencia al servicio de estos enfermos, que añadían a su terrible y mortal dolencia los prejuicios e incompreensión de la sociedad. Así describía Sebastian Smee la actitud del fotógrafo frente a este hecho: “Pero él es un artista diferente. Un hombre diferente. Sus antenas artísticas están sincronizadas con sus antenas humanas. Y cuando se activa esa parte humana, compasiva, cuando esto ocurre, irrumpe el impulso artístico, la necesidad imperiosa de hacer una buena fotografía” (Smee 2017, p. 263).

A principios de este siglo, Nixon empieza a fotografiar a parejas, en primerísimos planos: detalles de torsos, de brazos, de rostros, formas casi abstractas que nos hablan de la intensidad tanto física como emocional que se experimenta en una relación. También a la propia familia, ese universo real y próximo en el que se desenvuelve a diario, y que ocupará un lugar importante en su producción durante algunos años. A partir de aquí, los temas generales que ya había abordado con anterioridad se repiten con variantes por la atracción que vuelven a despertar en él, como las vistas de ciudades, en las que ahora experimenta con cámaras de formato aún mayor (11 x 14 pulgadas); los retratos de Bebe, su mujer; sus autorretratos; las imágenes de niños y, recientemente, de ancianos hospitalizados. “Nixon aporta una calidez y una profundidad a su obra

que arroja nueva luz sobre la tradición de la fotografía comprometida. No es el tipo de proyecto que favorezca que su nombre esté en boca de todos, pero hay otras recompensas para un hombre en busca de lo maravilloso” (Aletti 1999).

En todas esas otras series que avanzan en paralelo a la de Las hermanas Brown, Nixon nos habla permanentemente de la experiencia humana y del ciclo de la vida mostrándonos la fragilidad, pero también la misteriosa capacidad de resistencia, del ser humano. Aunque es sin duda en Las hermanas Brown donde se hace más patente la preocupación central de toda su obra: el paso del tiempo. A propósito de esta serie, Antonio Muñoz Molina afirmaba que “todos los millones de palabras de *À la recherche du temps perdu* nos dicen menos sobre el paso del tiempo que la secuencia de los retratos colectivos que sigue tomando Nicholas Nixon de las hermanas Brown” (Muñoz Molina 2015, p. 9). Siempre es revelador contemplar a los visitantes de una exposición en la que se muestra esta serie: cómo se reflejan, conmovidos, en ese espejo hacia el que avanzamos todos, en el que se adivinan historias vividas en las que nos proyectamos, y en la inevitable y dolorosa sensación de pérdida que nos produce. “Midiendo su pulso vital, Nixon nos va anunciando, sobre la marcha, el inexorable compás del tiempo que nos forma y nos desdibuja” (Terré 2020, p. 8).

En 1974, durante una reunión familiar, Nixon tomó la primera fotografía de su mujer junto a sus tres hermanas, pero no fue hasta el año siguiente cuando, satisfecho por la nueva imagen del grupo que acababa de hacer, decidió proponer a las hermanas la idea de realizar una nueva toma cada año. Idea, por otra parte, que no era ajena a la tradición familiar establecida por su suegro, quien había adquirido la costumbre de fotografiar a sus hijas todos los años para utilizar la imagen resultante como felicitación navideña. Más tarde comentaría Nixon a propósito de esa imagen inicial suya: “Creo que la emoción real y el carácter directo de la primera fotografía es lo que hizo que a todos nos gustara de inmediato, y probablemente esa es también la razón por la que a sus padres no les gustó” (Gollonet 2017a, p. 33). Pero convertir un rito familiar en obra de

arte es otra cosa: requiere intención, cooperación, entusiasmo y, por qué no señalarlo, ser un artista.

Desde 1976, fecha de la segunda fotografía del grupo, las tomas se harán siempre en exteriores, con luz natural, y las hermanas se situarán en el mismo orden. La mujer de Nixon, Bebe, la segunda por la derecha, tenía entonces veinticinco años, y sus hermanas –de izquierda a derecha Heather, Laurie y Mimi– veintitrés, quince y veintiuno respectivamente. Nixon realizará varias tomas, y solo una de ellas, en cuya selección participarán las hermanas, pasará a formar parte de la serie.

Sarah Hermanson Meister nos llama la atención sobre el dominio del medio que delatan estas imágenes. Entre otros aspectos, destaca: “la variedad de soluciones pictóricas que Nixon halla sin abandonar los estrictos parámetros técnicos y formales” (Hermanson Meister 2014, s. p.). Soluciones, unidas por el sabio manejo de la luz, de las que la mayoría no somos conscientes, pero que antes o después hacen que estas tomas nos atrapen. Cómo no deleitarnos, cuando volvemos a mirar las primeras fotografías, con la plasticidad que otorga a las imágenes esa luz que baña a unas, entonces, jóvenes hermanas, bellas, desafiantes, con todo un futuro por escribir ante ellas. El futuro... En esta serie la medida del tiempo es exacta, rítmica, inexorable, pero eso es una verdad a medias: mientras los calendarios dan la misma duración a los días y los años, nosotros somos conscientes de que el tiempo se acelera con la edad. Decía Geoff Dyer que “a partir de cierta edad, normalmente a partir de los cincuenta o de la muerte de los padres, una de las principales experiencias es que el tiempo se agota, o que se escapa contigo” (Dyer 2015, p. 315).

Conozco a los Nixon desde finales del pasado siglo, pero hoy no contemplo la serie con los mismos ojos con los que la veía hace veintitantos años. Entonces no pensaba en el futuro, no me reconocía en la edad de ellas, no me hacía mayor como ellas –pese a que mi edad me sitúa entre Mimi y Lauri. Hoy todos somos más viejos. No queremos pensar en el futuro, pero lo hacemos, y contemplamos la vida y la serie con otra perspectiva: su carga emocional aumenta con cada nueva imagen y con cada nuevo

año que cumplimos. En esto es donde radica toda su fuerza, en el ritmo, en la reiteración, en hacernos partícipes de esta historia suya a la que hace años nos acercábamos con curiosidad y ahora con angustia, porque percibimos en ella el reflejo de nuestra vida y de su pérdida.

El éxito de este proyecto se debe al fotógrafo, pero también a la colaboración de estas mujeres que han continuado posando año tras año a pesar de la repercusión mundial que estas escenas privadas iban suscitando en las sucesivas exposiciones y publicaciones dedicadas a la serie. Colaboración que Nixon agradecía así en la dedicatoria incluida en una de esas publicaciones: “Estos retratos surgieron de mi curiosidad y admiración por un grupo de mujeres hermosas y fuertes que me dejaron entrar en sus vidas y después me permitieron hacerles un retrato, y unirme a una tradición, a un rito de paso anual. Quiero a mis cuñadas Mimi, Laurie y Heather, y les agradezco de todo corazón su amor y su paciencia. Bebe, mi verdadero amor, mi mejor amiga, es el centro de mi vida. Qué afortunado, qué agradecido me siento” (Galassi 2008).

Aquí nos quedamos con Nixon y con las hermanas Brown, cuarenta y ocho años después, de la desafiante juventud a la vejez inexorable, unas vidas completas, intensas, condensadas en unos minutos al paso de estas páginas. Gracias a los cinco por este precioso regalo. Y por seguir aquí, entre nosotros, y poder mirar juntos estas páginas y recordar sus vidas. La vida sigue, disfrutemos el presente antes de que sea pasado.

**“La mayoría de los acontecimientos son indecibles,
suceden dentro de un espacio donde nunca ha
penetrado una palabra, y lo más indecible de todo
son las obras de arte, existencias misteriosas cuya
vida perdura al lado de la nuestra, que se extingue.”**

Rainer Maria Rilke